

En la sesión del 23 de febrero fueron desechadas una disposición adicional de Raul Duval al artículo primero y una enmienda de Juan Brunet al artículo segundo. Votóse el artículo tercero sin escrutinio. El artículo cuarto lo fué por 431 votos contra 236, después de haber sido desechadas todas las enmiendas, y reservándose para después la votación del artículo quinto, la asamblea votó los artículos 6, 7, 8, 9 y 10. Febril, ronco, totalmente afónico á la larga, Raul Duval, con un valor sobrehumano, multiplicaba los artículos adicionales y las enmiendas, subía cada cinco minutos á la tribuna y se estrellaba contra el muro de bronce que le oponía la mayoría, compacta. El artículo quinto fué aprobado al principio de la sesión del día siguiente y la totalidad de la ley senatorial reunió 435 votos contra 234. Habiéndose declarado la urgencia, este voto era definitivo.

En seguida la asamblea emprendió la tercera deliberación de la ley sobre los poderes públicos, y lo hubiera llevado á cabo si hubiese presidido la sesión el energético Buffet. La presidía Kerdrel, y no pudo votar más que algunos artículos, después de haber consagrado dos horas á la discusión de un artículo adicional presentado por el infatigable Raul Duval.

El 25 de febrero, Belcastel presentó en la tribuna una protesta melancólica, reprochando á la asamblea su «infidelidad á la santa misión que había recibido, un día de inolvidable prueba, de la Providencia y de la patria.» Circularon las urnas y la Constitución fué votada por 425 votos contra 254. La República era un hecho.

Después de esta memorable sesión, los ministros, definitivamente condenados, volvieron á presentar su dimisión al presidente de la República, que la aceptó esta vez. Pero el inspirador de la política presidencial daba tan poca importancia al cambio realizado que, el 26 de febrero, apareció esta nota en el *Diario oficial*:

«Después de la sesión de ayer, el señor presidente de la República resolvió encargar al Sr. Buffet la formación de un ministerio.

»Lo mismo después que antes de la votación de las leyes constitucionales, el señor presidente de la República está firmemente resuelto á mantener los principios conservadores que han constituido la base de su política, desde que recibió el poder de manos de la asamblea. El nuevo gabinete deberá inspirarse en estos principios, que el Sr. Buffet no profesa menos que el señor mariscal, y será apoyado, en su tarea, por los hombres moderados de todos los partidos.»

La elección de Buffet era buena, ó parecía serlo. A pesar de su cínica parcialidad en favor de la derecha y de su odio á los republicanos, el presidente de la asamblea había mostrado tal decisión, para asegurar la votación de las leyes constitucionales, que era el hombre de la situación. Faltaba saber si en el poder olvidaría sus rencores y sus odios. Los republicanos vieron con gusto que en la nota del *Diario oficial* se empleaban dos veces las palabras *presidente de la República* y una sola vez la palabra *mariscal*. El llamamiento á los hombres moderados de todos los países no les disgustaba tampoco. Pero estas satisfacciones que les concedían, como á regañadientes, eran compensadas por el tono conminatorio de la nota. *El nuevo gabinete deberá...* ¿Era este

el lenguaje de un jefe de Estado parlamentario ó de un jefe de cuerpo de ejército? Pronto veremos el resultado de la continuación de los mismos errores en la política de la presidencia.

Los temores que los progresos del bonapartismo inspiraban á todos los republicanos, y los que inspiraban á todos los patriotas las amenazas de Prusia, no habían dejado de influir en la votación de las leyes orgánicas. La sesión ya histórica del 25 de febrero, en la Asamblea nacional, había sido ocupada por la lectura del dictamen del Sr. Savary, en nombre de la comisión informadora sobre la elección del Nievre. Los trabajos de la comisión habían sido largo tiempo entorpecidos por el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Tailhand, que se negaba á comunicar al presidente, Alberto Grevy, el expediente de la información judicial abierta contra los miembros de los comités bonapartistas y terminada por auto de sobreesimiento. Esta negativa era tanto más singular cuanto que todos los anteriores ministros de Gracia y Justicia habían abierto liberalmente los archivos más secretos y comunicado los documentos más confidenciales á las innumerables comisiones que la asamblea había nombrado en 1871. En la segunda parte de su dictamen, en que discutía el derecho de negativa del ministro, el Sr. Savary fué interrumpido á cada frase por el Sr. Tailhand, como lo había sido en la primera parte, en que revelaba las maniobras de los bonapartistas, por los interesados y cubierto de injurias por los Sres. Galloni d'Istria, Abbatucci, Haentjens y sus colegas. La cuestión jurídica no ofrecía ya interés el 25 de febrero, puesto que se podía considerar á Tailhand como dimitente; en cambio lo ofrecía, y muy considerable, la cuestión política, y la asamblea oyó, con una especie de estupor, las revelaciones de la comisión. A pesar de su falta de medios de información, ésta había sorprendido y denunciaba á Francia una verdadera asociación que tenía sus ramificaciones en provincias, su prensa, sus recursos particulares y su policía, que encontraba complacencias y complicidades entre los funcionarios de los Sres. Broglie y Fourtou y amenazaba en su existencia al Septenio y á la República. La lectura de Savary probó la impostura de Rouher, que había negado cínicamente la existencia del comité central del partido bonapartista, y mostró en flagrante delito de conspiración á todos los imperialistas, incluso los de la asamblea, incluso los mismos que trataban al ponente de calumniador y de falsario.

El peligro exterior no era menos serio. Aunque la alarma no se produjo hasta un mes después de la formación del ministerio Buffet, en 27 de abril de 1875, por el famoso artículo de la *Post*, «Krieg in Sicht» (Guerra próxima), los que estudiaban la situación de Europa, y entre ellos Gambetta, experimentaban las más vivas y legítimas inquietudes.

El año de 1874 fué el de las faltas más desastrosas cometidas por la política exterior de Francia. Puede decirse, en descargo del duque Decazes, que no compartía las pasiones ultramontanas de la mayoría, que creaban á la nación francesa una situación tan delicada, después del atentado de Kissingen, después de las persecuciones contra el padre Majunke, director de la *Germania*, después del proceso de Arnim, después de la cuestión Duchesne y la nota conminatoria dirigida

por el gabinete de Berlín al gabinete de Bruselas, en 3 de febrero de 1875; se pueden invocar en favor del ministro de Relaciones exteriores de Francia las circunstancias atenuantes por su política con España, pero es el único responsable de las insinuaciones inoportunas é inútiles hechas á Alejandro II, cuando su viaje á Londres, en mayo de 1874, y de su visita, en Claridge Hotel, al conde de París; él es responsable de la irritación que estos halagos á Rusia provocaron en el canciller de hierro; él es responsable del estado de crisis aguda en que se encontró Francia de pronto, y no fué su diplomacia aturdida, sino que fué la intervención oficiosa de Thiers cerca del príncipe Gortschakoff y de lord Derby, la que apartó de Francia, en la primavera de 1875, todo peligro de guerra y de aplastamiento.

En tan graves circunstancias se abrió la crisis ministerial del 26 de febrero, que había de ser laboriosa á causa de la inexperiencia política y parlamentaria del mariscal Mac-Mahón y que duró diez días. El presidente de la República, que había recibido, en la noche del 25, las manifestaciones de absoluta abnegación de 60 miembros de la derecha y del centro derecho de la asamblea, conducidos por el conde Darú, y que habían votado todos contra las leyes constitucionales, no comprendió la gravedad del cambio que acababa de realizarse, ni la necesidad de una nueva orientación. La votación de las leyes constitucionales fué considerada por él como la desaparición de una gran dificultad, y el paso por los que les habían negado su voto le llenó de emoción y de alegría, porque creyó poder reconciliarse, políticamente, con antiguos y fieles amigos, que una mala inteligencia pasajera había alejado de él y que se le acercaban de nuevo, aceptando como él los hechos consumados, puesto que ni él ni ellos podían hacer otra cosa. No era posible engañarse de un modo más completo sobre el sentido de los últimos acontecimientos, y la formación del ministerio Buffet iba á resentirse de semejantes errores. La misma designación de Buffet, hecha en ausencia de éste, que se hallaba en los Vosgos, cerca de su madre moribunda, sin haberse consultado y sin que se tuviera la seguridad de su aceptación, era una primera incorrección, de que debió resentirse vivamente un parlamentario tan rígido como Buffet. Otras incorrecciones no menos graves iban á marcar cada uno de los días de la nueva crisis ministerial, y todas ellas tenían por causa la ineptitud política del presidente de la República, que sólo igualaban sus buenas intenciones y sus desconfianzas personales respecto á ciertos hombres, á ciertas cosas y á ciertas palabras.

Las leyes constitucionales habían sido votadas durante los ministerios Ciskey-Fourtou y Ciskey-Chabau Latour, impotentes, contestados, puestos sin cesar en minoría por la Asamblea nacional. Las leyes orgánicas complementarias datarán del ministerio Buffet-Dufaure. En realidad, la constitución de 1875 data de un gabinete que hizo todo posible, salvo en la víspera del 25 de febrero, para retrasar ó impedir su votación. Veremos esta Constitución en la práctica. Pero antes hemos de exponer lo que se propusieron hacer los hombres prácticos y sinceros, que sacrificaron antiguas convicciones á las necesidades de la estabilidad gubernamental y que, con este sacrificio, hicieron posible la reorganización militar, financiera é industrial de Francia, al mismo

tiempo que su regeneración moral. Estos hombres dividieron la soberanía en tres poderes, establecieron dos Cámaras de atribuciones casi iguales, exagerando, á fin de contener á la democracia, las de la Cámara alta. El jefe del Poder ejecutivo, por la misma razón, fué puesto en posesión de atribuciones más amplias que las de ciertos monarcas hereditarios, pues tiene el derecho de revisar la Constitución y disolver la Cámara de diputados, con el consentimiento del Senado. Por su elección misma, tiene su origen conforme á su papel de poder moderador, de poder conservador, como quien dice de Cámara de resistencia. Los tres poderes y el gobierno tienen su residencia en Versalles, bastante cerca de París para que la administración no resulte imposible, y bastante lejos de la ciudad considerada como un foco revolucionario.

La característica de la Constitución de 25 de febrero es el derecho de disolución, más necesario quizá bajo una República que bajo una monarquía, que no implica sino un recurso más pronto que el soberano juez, que puede desenlazar una situación inextricable, y que puede salvar un país en caso de extremo peligro. Pero el uso prematuro y abusivo de este derecho de disolución, catorce meses después de regir la Constitución de 25 de febrero, va á comprometerlo todo, permitiendo al mariscal Mac-Mahón un ensayo de restablecimiento del septenio personal, al Senado una tentativa de reconstitución de la mayoría reaccionaria, á todos los adversarios de la República una revancha del voto de resignación que la fuerza de las cosas les arrancó el 25 de febrero. La disolución, instrumento de pacificación y de concordia, va á ser convertida en arma de guerra, pues la bondad de las Constituciones depende de las buenas intenciones y del acierto de los encargados de ponerlas en práctica.

IV

Explicemos ahora la formación del ministerio Buffet. Ya hemos dicho que el presidente de la Asamblea nacional, retenido en los Vosgos por una grave enfermedad de su madre, fué designado en su ausencia, y sin haber sido consultado, para la vicepresidencia del Consejo y la formación del gabinete. Hemos citado antes la nota extraordinaria inserta en el *Diario Oficial* del 26 de febrero. Para un hombre tan amante de la corrección parlamentaria como era Buffet, dicha nota y la iniciativa tomada por Mac-Mahón eran de mal agüero: ambas explican la reserva no exenta de desconfianza que mostró el presidente de la Cámara durante la crisis. Los republicanos, que no olvidaban el vigor con que éste había dirigido los debates durante la votación de las leyes constitucionales, acogieron favorablemente la designación de Buffet, y, el 1.º de marzo, al renovarse la mesa, contribuyeron con sus sufragios á elevarle otra vez á la presidencia de la Asamblea. De regreso á París, al día siguiente de este voto, celebró una primera entrevista con Mac-Mahón, mostrándose muy indeciso. El mismo día 2 de marzo, por la noche, conferencia con los Sres. de Broglie, Decazes, Audiffret-Pasquier y Dufaure; cedió á sus instancias y, á la mañana siguiente, fué á llevar al mariscal su resignada aceptación. En seguida se entablaron las negociaciones por partida do-

ble, entre Buffet y los que éste quería tomar como colaboradores, y entre Mac-Mahón y los que el mariscal deseaba ver entrar en el futuro gabinete. Esta nueva incorrección no era propia para facilitar la tarea de Buffet, ni para inspirarle la confianza indispensable para el éxito de esta clase de misiones.

Buffet estuvo dispuesto desde luego á conservar al duque Decazes en el ministerio de Negocios extranjeros y al general Cisse y en el de la Guerra, y quería dar las carteras de Gracia y Justicia y de Instrucción pública á dos de los principales autores de las leyes constitucionales, Dufaure y Wallon. El mariscal, en contra de todas las reglas parlamentarias, deseaba ver entrar en el gabinete á uno de los miembros de la derecha que habían votado contra dichas leyes, y designaba, imponía casi al Sr. Audran de Kerdrel para ministro. A Mac-Mahón le parecía que habiendo sido elevado á la presidencia de la República por todos los conservadores, no podía abandonarlos sin deshonor. Este sentimiento de fidelidad á sus electores de 24 de mayo era muy hermoso, pero sumamente impolítico. Después de haber tratado de hacer comprender al mariscal los inconvenientes de la intervención del sentimiento en la política y la imposibilidad de hacer admitir por Dufaure una pretensión tan contraria á las reglas parlamentarias, Buffet, por no contristar al presidente de la República, cedió á sus razones y se comprometió á hacerlas aceptar á Dufaure, pero se mantuvo firme contra el señor de Kerdrel, reservándose la libertad personal de elegir otro miembro de la minoría anticonstitucional. Prefería al Sr. de Meaux que aceptaba los hechos consumados y aceptó con más razón una cartera. Las izquierdas, consultadas por Dufaure, se conformaron, al saber que su resistencia podía impedir la constitución del gabinete y la llegada al poder de dos miembros del centro izquierdo y un miembro del centro derecho liberal.

Resueltas las primeras dificultades, hacia el 6 de mayo, faltaba proveer la cartera del Interior con un titular que fuese aceptado por el centro derecho y por el centro izquierdo y que no fuese desechado *a priori* por la derecha y por la izquierda. El Sr. Bocher, talentoso, elocuente, moderado, de un desinterés manifiesto, reunía todas las condiciones necesarias, y fué objeto de reiteradas instancias de parte de Buffet, de muchos diputados y del mismo Mac-Mahón. Todas fracasaron ante la firme voluntad de Bocher de no formar parte de la combinación, y Buffet, por consejo de Decazes y Dufaure, ofreció la cartera al duque de Audiffret-Pasquier, quien, después de dos días de resistencia, acabó por aceptarla. El día 8 de marzo, cundió por toda Francia la noticia de que el gabinete quedaba al fin constituido. La necesidad de una previa inteligencia entre todos los ministros, para la redacción del programa que debía someterse á la Asamblea, había impedido la publicación de los nombramientos en el *Diario Oficial* de 9 de marzo. Pero, con general sorpresa, el mismo día 9, Buffet ocupó el sillón presidencial de la asamblea, volviendo á tomar la dirección de los debates parlamentarios.

¿Qué había ocurrido la víspera? Las diligencias practicadas por Mac-Mahón, al mismo tiempo que las de Buffet, habían producido una inextricable confusión y

el abortamiento de la combinación hecha el día antes. La intervención de los bonapartistas que consideraban á Audiffret-Pasquier como un adversario personal, la sorda hostilidad de Buffet que temía ver á su lado, en el mismo gabinete, á dos personalidades tan notables como Dufaure y Audiffret-Pasquier, y sobre todo la firme intención de Buffet de convertir al partido bonapartista en vanguardia del partido conservador, habían determinado al mariscal, hábilmente engañado, á ofrecer al duque de Audiffret la cartera de Instrucción pública en vez de la del Interior.

Medió una corta y viva explicación entre el duque y el presidente de la República:

«Señor duque, dijo éste, he tenido que modificar la combinación que determinamos ayer. Se me han hecho justas observaciones. Se me han expuesto los inconvenientes que podrían resultar de vuestra presencia en el ministerio del Interior y he resuelto meter en él á Buffet. Pero os ofrezco una compensación: la Instrucción pública.»

«Mariscal, contestó el duque con su acostumbrada vivacidad, permitidme decir que ya basta. Vinieron á buscarme ayer; me suplicaron que aceptase el ministerio del Interior; me dijeron que si lo rehusaba, hacía imposible todas las combinaciones. Verdaderamente me sacrificué. Y hoy, cuando, por causas que ignoro, cambian de parecer, ¿se me ofrece una compensación, se hace de mí un mendigante de carteras! No puedo aceptar semejante situación y me niego á entrar en ningún ministerio en que yo no tenga el Interior y el señor Wallón la Instrucción pública.»

Al salir de la Presidencia, el duque de Audiffret comunicó al grupo Wallón-Lavergne las causas de su negativa; las izquierdas, ya informadas por León Say, á quien el mariscal había recibido antes que al duque, manifestaron la más viva irritación, y querían declararse en sesión permanente hasta que Mac-Mahón hubiese elegido un gabinete entre la mayoría constitucional.

El mariscal, que en todo pensaba menos en una solución parlamentaria, había llamado al Sr. Andral, vicepresidente del consejo de Estado, y al Sr. Renouard, fiscal del Tribunal de Casación, y les había encargado que constituyeran un *gabinete de negocios*. Estos señores prestan al mariscal el doble servicio de negarse á lo que les pide y de demostrarle los peligros de la situación; Decazes y Bocher intervienen cerca de Buffet, que se presta á reanudar las negociaciones, y el *Diario oficial* de 10 de marzo anuncia la constitución del gabinete Buffet.

Este gabinete comprendía, además de Buffet en el Interior, á los señores duque Decazes en los Negocios extranjeros, Dufaure en Gracia y Justicia, León Say en Hacienda, Wallón en Instrucción pública, el general Cisse y en Guerra, el almirante Montaignac en Marina, Maux en Agricultura y Comercio, y Caillaux en Obras públicas.

Buffet distó mucho de mostrarse á la altura de su misión como jefe de gobierno. Su situación era excelente y él la comprometió de una manera lastimosa. Muy competente en materia de finanzas, de una honradez proverbial, de convicciones católicas tan ardientes como desinteresadas, Buffet resultó el más incapaz de los hombres de Estado.

No fué sólo su carácter rígido y frío el que le enajenó todas las simpatías, fué también su sistema gubernamental, que le colocó entre los ministros más imprevisores y obcecados y entre los menos á propósito para comprender y dirigir á los hombres. Había tenido un rayo de luz, el día en que hizo votar las leyes constitucionales, pero á este rayo fugaz había seguido una obscuridad profunda. Ciego á partir del 11 de marzo de 1875, el vicepresidente del Consejo no recobró la visión clara de las cosas hasta once meses después, cuando escribió á un amigo, que le ofrecía á guisa de consuelo una candidatura en el Mediodía de Francia: «Bastará que yo me presente para que una circunscripción, excelente desde el punto de vista conservador, se convierta en execrable.» ¡Ojalá hubiese tenido un año antes aquella conciencia de su impopularidad y de su ineptitud para la acción gubernamental! Aquella grande y austera figura de parlamentario íntegro, no se hubiera desprestigiado como adrede.

Buffet era prisionero de su conciencia, preocupábase demasiado de su dignidad personal, acreditaba con su obstinado silencio las calumnias de sus adversarios, de las cuales hacía tan poco caso como de los elogios de sus amigos, cometía torpeza tras torpeza y las cometía con premeditación. Todas sus faltas eran voluntarias y doctrinales. Había contribuido á la votación de las leyes constitucionales y por consiguiente á la fundación de la República; pero esta República, de la cual era uno de los padrinos, la soportaba con la resignación de un buen cristiano, como una desgracia inevitable. Una sola frase suya pinta admirablemente la fuerza de inercia, la obstinación invencible que opuso á todas las instancias encaminadas á cambios de personal administrativo. «No cederé en nada, dijo; no transigiré en nada, y aun cuando muriesen mis 86 prefectos, no cambiaría uno solo. A lo sumo haré uno ó dos traslados.»

La constitución del ministerio Buffet produjo en el país, y sobre todo entre los hombres moderados de todos los partidos, como una impresión de desahogo, y en la asamblea una inmensa esperanza. Bastaba practicar en el país una política de concordia para merecer su confianza y obtener sus sufragios; bastaba apoyarse en los 500 miembros de la asamblea dispuestos á sostener al gabinete, para obtener de ellos las leyes orgánicas complementarias, una ley electoral y una ley de imprenta seriamente represiva sin dejar de ser liberal. En vez de adoptar esta línea de conducta, Buffet siguió las mismas sendas por las cuales se había extraviado el duque de Broglie.

En presencia de una asamblea vacilante y dividida, que no podía seguir viviendo y no sabía morir, pero que, en un momento de reacción, había estado superior á sí misma para realizar un grande acto de patriotismo y de sensatez, había que renunciar á las tergiversaciones y á las ambigüedades, lo mismo que á las ilusiones de una pretendida unión conservadora, imposible de resucitar. El programa había de ser la Constitución, toda la Constitución y nada más que la Constitución. Los Sres. Audiffret-Pasquier y Bocher tenían bastante franqueza y lealtad y al mismo tiempo un criterio bastante abierto para adoptar un programa tan sencillo, tan modesto y tan práctico, de éxito seguro. Buffet tomó precisamente la inversa y dió el extraño espectáculo

de un presidente de Consejo, elevado por haber hecho votar las leyes constitucionales, tratando con aspereza á todos los amigos de la Constitución y guardando consideraciones á todos sus adversarios, no haciendo caso más que de los sufragios que le otorgaban sus antiguos aliados y rechazando como proposiciones indecorosas las insinuaciones de unión que le hacían los hombres más moderados del centro izquierdo.

En 11 de marzo, el centro derecho tuvo la mala suerte de ser representado en el gobierno por uno de sus jefes menos capaces de operar la unión entre los hombres moderados de ambos centros. Buffet iba á conducir sucesivamente esta importante fracción de la asamblea á las elecciones de inamovibles, á las elecciones senatoriales y á las elecciones legislativas. Condenado por la propia asamblea en diciembre y por el sufragio restringido en enero, el centro derecho recibirá el golpe decisivo del sufragio universal en febrero, y morirá, políticamente hablando, al mismo tiempo que Buffet y por las mismas causas.

La declaración ministerial, leída en 12 de marzo y que la asamblea estupefacta escuchó con notable frialdad, insistía sobre el respeto debido á las leyes constitucionales y terminaba pidiendo el concurso y la confianza de la Cámara. ¿Qué menos podía hacer un gabinete constituido después de la votación de aquellas leyes, que obligarse á hacerlas cumplir? Y nada más natural que un gabinete parlamentario solicitase el apoyo del parlamento. Se concede tanto crédito, se pone tanta confianza en los poderes nuevos, que todo el mundo se hubiera contentado con aquellas triviales promesas, á no contradecirlas ciertos pasajes tristemente significativos. No hablemos de la frase sobre las pasiones subversivas, muy en uso desde el 24 de mayo de 1873, pero sí de aquella en que el gabinete prometía su apoyo más enérgico á los funcionarios más comprometidos del *orden moral*. El gabinete exceptuaba indudablemente á los bonapartistas, que llenaban la administración y las prefecturas, de los funcionarios á quienes se impondría el respeto á la Constitución de 25 de febrero.

Después del 11 de marzo, el centro izquierdo había elegido por jefe al más ardiente partidario de las leyes constitucionales. Al tomar posesión de la presidencia, Laboulaye declaró que su grupo sostendría al gabinete, con la condición de que este acabase con las leyes de excepción y de que la administración se mostrase sinceramente republicana. El centro izquierdo encontró el eco de sus propios pensamientos en la alocución cordial, y acogida con aclamaciones, que pronunció Audiffret-Pasquier en la sesión del 16 de marzo. El día antes, el elocuente orador del centro derecho había sido elevado á la presidencia de la asamblea por 418 votos contra 133 boletines en blanco. Lo que la asamblea aplaudió en sus palabras fué menos la alusión al segundo Imperio y la invocación á la libertad, que el concurso aportado á la Constitución y la independencia de carácter que se había revelado noblemente durante la crisis ministerial. Era también su tono amable y jovial, que contrastaba con el aire sombrío y el carácter agrio de Buffet.

Durante los ocho días que transcurrieron entre la lectura de la declaración ministerial y la suspensión de

sesiones, es decir, desde el 12 hasta el 17 de marzo, el gabinete se abstuvo, como adrede, de intervenir en las discusiones políticas. El 17 de marzo, la asamblea tuvo que pronunciarse sobre una petición de crédito suplementario de 7 millones y medio. Esta demanda implicaba la solución de una cuestión muy debatida, la de las pensiones civiles concedidas después del 4 de septiembre de 1870, fuera de las condiciones de edad y duración fijadas por la ley, á funcionarios jóvenes todavía, perfectamente válidos y que combatían enérgicamente al gobierno que los pensionaba. Una enmienda del Sr. Guichard, invitando al gobierno á revisar las pensiones en un plazo de seis meses, fué desechada por 306 votos contra 304. Otra enmienda, casi idéntica, del Sr. Tirard, invitando al gobierno á someter á un nuevo examen las pensiones discutidas, reunió una mayoría de 15 votos. Después de esta votación, los créditos fueron concedidos. La asamblea concilió de este modo el respeto á los compromisos contraídos por el Estado, con los sentimientos de equidad heridos por el escándalo de pensiones civiles debidas al favoritismo y no á servicios ó enfermedades.

El 19 de marzo, la asamblea nombró una comisión permanente compuesta de 25 miembros, entre los cuales figuraban 14 republicanos, y, al día siguiente, suspendió sus sesiones, á fin de dejar á los ministros el tiempo de instalarse.

Casi todos encontraron, durante aquellas vacaciones de siete semanas, la ocasión de afirmar los principios nuevos que debían guiar á la administración. En una circular de 30 de marzo, dirigida á los procuradores generales, Dufaure renovó las excelentes recomendaciones que había hecho á los magistrados en 15 de junio de 1871, y ordenaba sobre todo á los jueces de paz que evitasen toda intervención en las luchas políticas. El general Cissey, en una circular confidencial, dirigió las mismas instrucciones á los Estados mayores del ejército, en que los bonapartistas continuaban siendo numerosos é influyentes. Wallón, en su discurso á los miembros de las sociedades científicas de los departamentos, reunidos en la Sorbona, pronunció las palabras que podían esperarse del que fué llamado *el padre de la Constitución*. Hasta el Sr. Meaux, recién convertido, se declaró, en el banquete de la Cámara de Comercio de Saint-Etienne, respetuoso observador de las leyes orgánicas.

Sólo Buffet, en medio de sus colegas que obraban ó hablaban, permanecía mudo é inerte: mudo en presencia de sus prefectos que señalaban como infracciones á la ley las alocuciones republicanas de los presidentes de los Consejos generales de varias provincias; inerte en presencia de otros prefectos que omitían, de intento, el membrete de la *República Francesa* en los documentos oficiales. Para las poblaciones que veían aquella impunidad de los funcionarios administrativos que hacían traición al régimen del cual eran los agentes más elevados, todo seguía lo mismo que á raíz del 24 de mayo de 1873. Para las que sufrían las provocaciones de los prefectos como Ducros en el Ródano y Doncieux en Vaucluse, la situación había empeorado. El nombramiento para el cargo de alcalde ó teniente de alcalde en favor de algún republicano muy moderado, que la influencia de Dufaure ó de León Say conseguía arrancar

á Buffet, no bastaba á modificar la marcha general de una política sucesivamente quisquillosa y violenta, siempre desconfiada y recelosa.

Otro carácter de esta política, en el interior, era el clericalismo, y Buffet, sin ir tan lejos como los católicos de la escuela de Chesnelong, en la negociación de los principios del derecho y de las libertades modernas, consideraba á Chesnelong y á sus amigos como los aliados más seguros de su gobierno. La asamblea general de los comités católicos de Francia, reunida en aquel momento, bajo la presidencia del mismo Chesnelong, diputado por los Bajos Pirineos, embajador de los famosos Nueve cerca del conde de Chambord, proclamó que sus sentimientos sobre el valor intrínseco de las libertades modernas estaban plenamente de acuerdo con las declaraciones de la Encíclica de 1864 y del *Syllabus*. «Y en particular, por lo que toca á la prensa, añadían los católicos de los comités, pensamos que la libertad dejada igualmente al error y á la verdad, al mal y al bien, constituye un régimen funesto para la libertad religiosa y la sociedad civil.»

Decretar autoritariamente y con pretensiones de infalibilidad que tal cosa es verdadera y tal otra es errónea, que esto es el bien y lo otro es el mal, es imponer el régimen de la más intolerable tiranía.

Pero estas doctrinas de un pequeño grupo de católicos militantes no eran las de la mayoría de la asamblea, más clerical que religiosa, ni las de los gabinetes que se sucedieron en el poder, desde el 24 de mayo de 1873 hasta el 10 de marzo de 1876. Pero el extranjero podía creer que tales doctrinas imperaban en los centros oficiales, y el enemigo hereditario afirmaba que el gobierno francés se inspiraba en ellas. Todos los peligros exteriores que corrió Francia durante aquellos tres años procedieron de esa falsa opinión, y nunca fueron tan inminentes como en la primavera de 1875. Algunos artículos del *Times*, sobre todo uno del 6 de mayo, que seguía á los publicados por la *Post* y los órganos oficiosos de la Cancillería alemana, causaron en Francia una emoción general y profunda. Se había conjurado el peligro cuando la asamblea reanudó sus sesiones, en 11 de mayo, al día siguiente de la entrevista de Guillermo I con Alejandro II en Berlín. Nada hubiera habido que temer con un gobierno menos sumiso á los clericales y con un ministro más libre de las influencias ultramontanas que el duque Decazes. Las patrióticas inquietudes que éste hubo de sufrir fueron la nota culminante del final de las vacaciones, cuyo principio se había señalado por un importante movimiento diplomático. El Sr. de Jarnac, arrebatado en tres días por una pleuresía, tuvo por sucesor al marqués de Harcourt en Londres. Melchor de Vogüé pasó de Constantinopla á Viena y el Sr. de Bourgoing fué enviado á Constantinopla. El cambio ministerial de 10 de mayo no influyó en la política exterior de Francia, ni en la elección de embajadores cerca de las grandes potencias: el duque Decazes estimaba, como Thiers, que convenía hacer representar una democracia por hombres cuyo origen, educación y preferencias alejaban de este régimen.

Nuestra narración sería incompleta si no mencionásemos que Alfonso XII envió á Mac-Mahón el Toisón de Oro, que le fué entregado el 1.º de abril por el embajador de España, Sr. marqués de Molins. Esto indi-

caba que la nación española no guardaba rencor alguno por las facilidades de abastecimiento y organización que los carlistas habían encontrado en los departamentos franceses del Sudoeste. El 14 de abril, causó honda pena la catástrofe del *Zenith*. Este globo partió aquel día de París, elevóse á unos 10.000 metros y cayó en Cirón, en el departamento del Indre. De los tres aeronautas que lo montaban, solo á uno, á Gastón Tissandier, se le pudo volver á la vida. Durante la bajada, rápida hasta el vértigo, Tissandier había abierto vagamente los ojos y entrevistó á sus desgraciados compañeros con el rostro amoratado y la boca ensangrentada. Aquellos dos mártires de la ciencia eran Croce Spinelli y Sivel.

Las sesiones de la asamblea iban á reanudarse el 11 de mayo, en presencia de una compacta mayoría formada de la derecha moderada, de todo el centro derecho y de todas las izquierdas, excepción hecha de media docena de doctrinarios de la extrema izquierda.

Después de la votación de las leyes orgánicas, Gambetta, que había sabido mantener al partido republicano unido para la resistencia, pensó que no bastaba disciplinarlo, sino que era preciso además proceder á su educación, y aprovechó todas las ocasiones de afirmar y exponer la política nueva. El 29 de marzo, indicó, en un discurso pronunciado sobre la tumba de Quinet, el método de gobierno que convenía á la democracia, ya que ésta formaba la mayoría desde la alianza de la burguesía con el proletariado. Un partido que gobierna no obedece á las mismas reglas que un partido que se halla en la oposición, pues tiene otros deberes y otras responsabilidades. En el fondo, el acuerdo entre los republicanos de la antigua y los de la nueva escuela era indestructible. Pocos días después, hablando ante sus electores de Belleville, Gambetta hizo comprender estos sabios consejos á la fracción más avanzada y con frecuencia la menos razonable del partido republicano. Sostuvo que el Senado, tal como se le acababa de organizar, era un poder esencialmente democrático por su origen, por sus tendencias y por su provenir. Hizo observar que el Senado era constituido por los representantes más directos del sufragio universal en el departamento, en el distrito, en el cantón y en el municipio, y que la intervención del espíritu municipal, en los negocios políticos, era una garantía de orden, de paz y de progreso democrático.

Gambetta veía una gran ventaja en que las elecciones municipales se convirtiesen en elecciones políticas, en que cada candidato, al abrirse los comicios, fuese llamado á dar á conocer su opinión sobre la elección eventual de un compromisario para las elecciones senatoriales. Era ilusorio el figurarse que en las tres cuartas partes de los municipios la elección de concejales obedecería á otras consideraciones que las de la localidad. Pero no era ninguna ilusión el pronosticar que la reunión de los compromisarios, delegados de los municipios, en la capital del departamento, sería ventajosa para la democracia, y que, á cada elección, se haría allí un trabajo de educación mutua y amistosa. Con razón daba Gambetta al Senado el nombre de Gran Consejo de los municipios franceses. Aun siendo bastante autoritario y centralizador, Gambetta discernía bien la importancia que la tercera República podía dar á la vida

y á las instituciones provinciales. El gran tribuno estaba bien inspirado cuando aconsejaba á la democracia «que aprendiese á gobernarse á sí misma, á gobernar sus propias impaciencias, á no querer obtener nada sino del tiempo y de los progresos de la razón pública.» Estos sabios consejos, esta elaboración de un programa tan lleno de moderación y de buen sentido, tendían á robustecer la nueva mayoría é iban á procurar la adhesión reflexiva de todos los republicanos.

Sin idea preconcebida, pero obedeciendo á las tendencias naturales de su espíritu, Buffet iba á esforzarse por dislocar aquella mayoría y reconstituir la de 20 de noviembre y 24 de mayo de 1873: le veremos conse-



Gastón Tissandier

guir su propósito, y su ministerio recordará los peores días del ministerio Cissey y de los dos gabinetes Broglie, pues será el ministerio del equívoco y de la división entre los hombres moderados de todos los partidos.

Aparte de las largas sesiones que la asamblea consagró, durante el mes de mayo, á leyes tan importantes como la relativa á la elevación del maximum de los depósitos en las cajas de ahorros y la que disminuía en una cuarta parte la pena de los condenados que consintieran en sufrir el régimen celular, la política no intervino más que en la discusión de la proposición de Courcelle y en la formación de la nueva comisión de los Treinta.

El dictamen del Sr. Clapier, sobre la proposición de Courcelle, proponía la suspensión de las elecciones parciales hasta las próximas elecciones generales, lo cual implicaba la proximidad de estas últimas. Las izquierdas maniobraban mal, sin previo acuerdo, y contribuyeron á sancionar la menos democrática de las medidas. A ningún gobierno le conviene suprimir los escrutinios y perder todo contacto con los electores, pues se expone á marchar contra la opinión, y el gabinete no evitó este peligro. Wolowski había presentado y sostenido una enmienda cuya adopción hubiera adelantado el fin de los trabajos de la asamblea. «La convocación de los colegios electorales, decía la enmienda, se sus-